

# TRES LECTURAS RÁPIDAS

---

## Escritura Creativa: Conciencia Sensible

// María Patricia Vengoechea Arias  
Estudiante Lingüística y Literatura  
Universidad de Cartagena

Entender la escritura creativa como un acto puramente emotivo, como un momento de inspiración divina o como un estado de inconciencia en el que nos perdemos en nosotros mismos es simplificar un proceso que, si bien termina en la creación de un texto artístico, no se reduce a un único instante de exaltación del espíritu. Un escritor no es un *ser alado* o *elevado* que vive de emociones. Un autor debe ser ante todo un ser consciente.

El texto artístico, en la práctica, se da a partir de una continua reflexión que hace el autor desde su sensibilidad. Vicente Huidobro en su *Manifiesto de Manifiestos* (1925) realiza una crítica al automatismo que proclaman los surrealistas e incorpora como eje del proceso a la razón. Para él no hay ensoñación en el poeta sino delirio, es decir, no es a partir de la inconciencia que el autor y la obra se subliman, por el contrario, es en la absoluta conciencia y control de su talento que el autor puede sacar del vacío su sensibilidad.

A ese instante en el que empiezas a enhebrar tu lugar dentro de una realidad que se hace visible para ti, no se le puede llamar simplemente inspiración porque es algo mucho más personal que eso, aunque no en el sentido banal con que la gente utiliza el término “inspirarse”. No es en definitiva algo circunstancial o ajeno a nuestro proceso continuo de construcción de pensamiento: es una decisión. Podemos sentirlo como una necesidad irracional por escribir, pero es un acto reflexivo en el que, como dice Huidobro, “la razón y la imaginación traspasan la atmósfera habitual”. En igual sentido Hegel (1989) considera que “La habilidad no se consigue por ningún entusiasmo, sino por la reflexión, la laboriosidad y la ejercitación. Y el artista necesita esa habilidad para manejar el material externo y no verse impedido por su resistencia”.

Si concebimos el texto artístico como resultado de una reflexión hecha desde una conciencia sensible, no podemos enmarcar dicha conciencia en momentos *simples* o espontáneos de aproximación a la realidad. Por el contrario, la reflexión se hace desde un encuentro vivo y punzante con esta; nuestro ser se expone en su totalidad. En términos de Hegel (1989) es una “contemplación espiritual”, pero también es un acto pensante, en el que hacemos una evaluación de dicha realidad. Es un estado que, como dice Huidobro, surge de nuestra voluntad de producción, nuestro deseo de escribir, que es el que en definitiva nos permite poner a funcionar el pensamiento bajo las dinámicas de la conciencia sensible.



Cuando Octavio Paz en *el arco y la lira* (1999) reconoce al poeta como “el hilo conductor y transformador de la corriente poética”, lo hace responsable y director de su proceso creativo. Es imposible, en ese sentido, abstraerlo como ser pensante de la construcción estética de su obra y entregarle esta a la espontaneidad inconsciente. No obstante, un texto artístico es el resultado de un proceso y no un *acto creativo*, porque no se da a partir de un solo momento de “luz”, no es una epifanía, sino que es el continuo moldeamiento de una idea que se hace más profunda a medida que la conciencia sensible y el conocimiento del lenguaje la estimulan. Es innegable que ese primer momento de exaltación espiritual es básico para la creación

de la obra, pero si el escritor no tiene la madurez que sólo da el conocimiento de la teoría, la plena conciencia de su hacer y sobre todo una lectura constante de su propio trabajo y de otros autores, el proceso creativo no se completará como es debido.

#### **Bibliografía:**

Hegel, G. W. F. (1989). *Lecciones de estética* (Vol. 1). Madrid: Akal.

Huidobro, V. (1925). *Manifiesto de manifiestos*.

Paz, O. (1999). *El arco y la lira*. México: Círculo de Lectores.

---

## **Colombia en proceso de reconstrucción de país**

// Karla Lizeth Fuentes Bustos  
Estudiante Lingüística y Literatura  
Universidad de Cartagena

“No acepten lo habitual como cosa natural pues en tiempos de desorden sangriento, de confusión organizada, de arbitrariedad consciente, de humanidad deshumanizada, nada debe parecer imposible de cambiar”.

**Bertolt Brecht**

En el marco de la reconstrucción de un país en guerra, un arduo y extenso conflicto armado que hasta nuestros días ha vivido Colombia, existen asuntos transversales a la hora de llevar a cabo este proceso, como lo son el papel de la educación y la participación de las minorías. Para ello se debe tener en cuenta las condiciones por las que atraviesa la población, donde abunda la divergencia de posturas ante la reintegración de las guerrillas como miembros de la sociedad,

con derechos y deberes, y ante los acuerdos que con ellas se consensuen, pero sobre todo, la desinformación que existe en torno al tema, y la desatención en que se tienen a los actores sociales, responsables todos de participar activamente en este proceso de reconstrucción.

En este camino se han creado discursos que exigen a un actor como el gobierno de los principales generadores de violencia, y otros discursos que reducen el bienestar de la población a unas acciones concretas, propias de un momento coyuntural: las negociaciones entre el gobierno nacional y las guerrillas. Los medios de comunicación hegemónicos presentan una visión parcializada, en la que se estimula la omisión de la memoria y por consiguiente, la indagación en las causas de las acciones de violencia y de resistencia, como de las responsabilidades de un conflicto que en consecuencia ha dejado una población fracturada.

Sin embargo, este no es sino uno de los aspectos que aquejan a la población, pues existen asuntos mucho más amplios y complejos, causantes de la marcada desigualdad, la violencia y el hambre. Uno de ellos se presenta en el modelo económico, el cual evidencia que el bienestar común no se encuentra en la agenda de un gobierno que prioriza la acumulación del capital en pocos,



“La universidad debe poder retraducir las problemáticas del campo social, político y cultural a la lógica del campo universitario, que es el campo de la producción del conocimiento. La universidad debe pensarse con responsabilidad política, atenta a las necesidades sociales pero desde su propia naturaleza”.

favorece a las grandes empresas extranjeras y representa una amenaza para la vivencia de los habitantes del común de las zonas urbanas y rurales del país.

Es por esto que la terminación del conflicto armado no representa más que un comienzo de oportunidades y retos donde todas las comunidades están llamadas a asumir un carácter decisorio y vinculante en la transformación de las condiciones sociales y para ello es necesario que la indignación ante la injusticia y la represión se transforme en exigencias y propuestas concretas, sin que esto represente un peligro constante de la vida. Es aquí donde la educación tiene un papel determinante que no se reduce al escenario de la academia; si bien, esta propicia reflexiones y discusiones importantes, su razón de ser debe trascender al campo de la acción, generando propuestas concretas como alternativa a este “orden social” establecido, pensado en contribuir a los intereses de unos pocos.

Campo en el que deben confluir todos los actores: mujeres, jóvenes, grupos étnicos, comunidades diversas, y escenarios: campo y ciudad en sus distintas expresiones, organizadas o no, igualmente responsables en la conformación de un país menos desigual y amenazador. Para lograr el bienestar común en la población colombiana, se deben generar transformaciones integrales que recojan a todos los sectores sociales, impulsadas desde las acciones de estos agentes de cambio con la voluntad y compromiso que anuncia el gobierno.

#### **Bibliografía:**

Bertolt Brecht comunista y dramaturgo alemán de los más influyentes del siglo XX

Clasco. “*Universidad pública y desarrollo*”. Argentina. 2015. P.11 En: [http://biblioteca.clasco.edu.ar/clasco/se/20160301022159/universidad\\_publica.pdf](http://biblioteca.clasco.edu.ar/clasco/se/20160301022159/universidad_publica.pdf).13/09/2016.

## El teatro, nuestro arte para siempre.

// Juan de Dios Sánchez Jurado  
Egresado Lingüística y Literatura

Mientras haya humanidad, habrá teatro porque ser humano y hacer teatro es, en esencia, la misma cosa. El teatro es el arte desde siempre y para siempre. Dice Manuel Garrido, el llamado “el agitador teatral”, que “el teatro empieza cuando el hombre se hace trascendente, cuando se para a pensar por qué está en el mundo, y empieza a pintar, y a bailar, y a danzar, y mira para arriba, y no sabe por qué hay truenos... A partir de ahí nace una Antígona, o nace un Romeo y Julieta, o Espectros, de Ibsen, o La casa de muñecas... o el teatro del absurdo, Ionesco, o Samuel Beckett”<sup>1</sup>.

A lo anterior agregaría que incluso antes de tener conciencia de las cuestiones trascendentales, el ser humano ya hacía teatro. ¿No son acaso la forma en la que nos movemos, nos acercamos a las cosas o reaccionamos, imitación, mímica, de lo que veían hacer los primeros humanos a la naturaleza que les rodeaba? Cuando bailamos, intentamos movernos como las nubes, el viento, el mar, los animales, porque antes de preguntarnos por qué estábamos aquí, nos dedicábamos a identificar qué podíamos hacer aquí, cómo usar el cuerpo, cómo relacionarnos con la naturaleza, con los otros humanos, y eso es teatro.

El teatro fue nuestra primera conciencia de ser personas. No en vano la palabra persona viene del etrusco *phersu* y del griego *prósôpon*, que significa máscara del actor, personaje. El teatro fue también nuestro primer rito, nuestra primera idea de religión y espiritualidad. A través del cuerpo, el teatro nos permitía conversar con nosotros mismos y a la vez dirigirnos a esas fuerzas que según nuestra intuición vivían en el cielo y tenían poder sobre nosotros. Danzando y cantando

en ceremonia, les preguntábamos a esas fuerzas, que después llamamos dioses, por qué estamos aquí, quién soy, para qué vivo. El teatro es también la primera forma de narración, de literatura, con él planteamos el drama original, la primera trama, la aventura del héroe protegido por los dioses, piedra sobre la cual se edificarían después todas las formas literarias.

Es curioso, estas ideas acerca del poder y la permanencia del teatro se me vinieron a la mente no en una sala convencional para el efecto, sino en una sala de cine, mientras veía la proyección de una obra interpretada en un escenario al otro lado del mundo. En una butaca de una sala de cine en Bogotá, observando una puesta en escena del National Theatre de Londres, me fue revelada la grandeza del teatro. Y no era para menos, dada la magnitud de lo que sucede cada vez que Cine Colombia proyecta una de las piezas del National. Se plantea una suerte de portal espacio-temporal en el que simultáneamente ocurren la realidades de una sala de cine colombiana, la de un teatro en Inglaterra, las realidades y personajes de obras escritas hace doscientos o cuatrocientos años, el futuro de la difusión de contenidos artísticos y culturales a través de la tecnología y siempre, siempre, la realidad de esa comunicación que por cuenta del movimiento y la expresión, se establece entre los humanos y los dioses por y para quienes se ha estructurado todo ese andamiaje.

Asistiendo a las proyecciones de obras como *Hamlet*, *Un tranvía llamado deseo*, *Frankenstein*, *De hombres y ratones* o *Jane Eyre*, me he sentido presente en la oscuridad de una sala sin fecha, ubicua. Allí, gracias a que hoy es posible presenciar lo que sucede en cualquier lado del mundo por cuenta de una cámara, puedo ver cómo en un teatro de Inglaterra, entre luces y sombras, se intenta sobre las tablas dar respuesta a las mismas preguntas que los primeros humanos le hicieron a los dioses, por qué estamos aquí, quién soy, para qué vivo.

<sup>1</sup> “El teatro empieza cuando el hombre se para a pensar por qué está en el mundo”, por Sonsoles Gutiérrez. Nuestro Tiempo, Revista cultural y de cuestiones actuales de la Universidad de Navarra, Número 67, Noviembre-Diciembre 2012. <http://www.unav.es/nuestrotiempo/temas/teatro-empieza-cuando-hombre-para-pensar-por-que-esta-mundo>





Al teatro hay que reconocerle entonces no sólo la hazaña de sobrevivir a la muerte a manos del cine, que algunos se atrevieron a pronosticarle. Además de sobrevivirle, el teatro se ha apoderado del cine, las obras del National Theatre Live poseen la trascendencia de la que carecen la mayoría de las películas que se producen cada año en Hollywood. Sólo es capaz de una hazaña semejante un héroe protegido por Dios y eso es el teatro, el consentido de los dioses, de Dios, y cómo no, si es el arte que primero lo nombró y lo incluyó como personaje en todas las piezas.

Dios ha dotado de eternidad al teatro, si no me cree, vaya a Cine Colombia cuando presenten alguna obra del National Theatre y dese cuenta cómo esa eternidad permite que Benedikt Kumberbač, en el papel de Hamlet, lleve puesta una camiseta con la cara de David Bowie, o que en medio de la puesta en escena de Jane Eyre se interprete la canción

“Crazy” de CeeLo Green. En el teatro, Shakespeare, Bowie, Charlotte Brontë y una canción pop del siglo XXI, no le pertenecen a un tiempo específico, sino que se alargan a través de los siglos para vincularse a nuestro eterno diálogo con los dioses, para ejercer en el espectador esa fuerza original y telúrica que le lleva a identificarse con lo que ocurre en escena y decir, yo soy ese, ese soy yo.

El teatro, nuestro arte más viejo, entre más moderno, entre más alternativo su formato, más se parece al original; una danza de sombras reflejadas en la pared de una cueva (una sala de cine en Colombia, un escenario en Londres), para que la imaginación del espectador la complete con sus propios destellos de luz. Viendo teatro en el cine me siento un cavernícola del futuro, contemplando en las paredes de la cueva destellos de luz que me ofrecen una idea, una respuesta, un consuelo, una certeza. ■